

numentos de arte incomparables, apenas quedan ruinosos fragmentos, muy bastantes, sin embargo, para arrebatarnos en admiración á los que todavía conservan en el alma aunque no sea más que el instinto de lo grande y de lo bello.

¿Pero qué se han hecho otros muchos trofeos de nuestra antigua piedad y grandeza de que nos habla nuestra gloriosa historia cristiana? *etiam periere ruinae*: ¡hasta las ruinas han desaparecido!

Tal furor se ha desencadenado contra esas obras de nuestros mayores, por el solo delito de ostentar en sus frentes graníticas el anagrama de Cristo.

¿Por qué, pues, no ha perecido todavía la casa de Loyola con su característico IHS tan aborrecido del infierno, la casa solar de Ignacio y sus hijos, tan odiados y perseguidos por el mundo?

Habiendo sido arrojados de todas sus viviendas, habiéndose visto obligados á buscar un sepulcro entre las nieves de Rusia, y no siendo respetados ni en su sepulcro los hijos, ¿cómo han respetado los enemigos de Cristo la cuna del padre?

¿Por qué está aún en pié ese castillo que ha debido inspirar más interés que los castillos encantados de los libros de caballería, y en donde se empezó á obrar una transformación más prodigiosa que las intentadas por aquellos nigromantes encantadores de la Edad Media?

¿Por qué ha respetado la acción destructora de los siglos, y la más destructora, de los hombres, esta casa solariega del que no dudamos en llamar el más famoso encantador de los tiempos modernos, y de quien han aprendido sus hijos el arte, según algunos, diabólico, según otros... indefinible, de trastornar las cabezas y hasta de perturbar las naciones?

No hay que buscar la razón en que Loyola haya sido declarado, como joya del arte, monumento nacional; pues nunca se ha tenido tan infundada pretensión, ni los artistas se han visto obligados nunca á detenerse mucho en su recinto.

Pero hay algo más poderoso que el amor al arte, más poderoso que el dios-Estado extendiendo su mano sobre una maravilla artística, y diciendo: ¡esto es mío! y ese algo, que tiene sus raíces en lo más hondo del alma, y es el respeto, la admiración, el amor hacia lo que lleva en sí, centelleando con soberano esplendor la estampa de Dios; quizás en ningún país del mundo brota con más espontaneidad que entre estas benditas montañas, que nos obligan incesantemente á mirar al cielo.

Dicen los más entusiastas de las glorias euskaras, y en especial de las guipuzcoanas, que los hijos de Aitor no han sido dominados ni por cartagineses, ni por romanos, ni por godos, ni por árabes, ni por otra nación alguna; y, sin entrar ahora en disquisiciones históricas, lo que sí se puede asegurar es que si los cartagineses arrojaron algunas de sus factorías en las tormentosas playas vascas, la *fé púnica*, es decir, la perfidia cartaginesa, jamás fué guipuzcoana; si los romanos llegaron á levantar sus campamentos á la falda del Hernio, y se extendieron por el valle de Régil; si los romanos pasaron por aquí, Roma, la dominadora del mundo, Roma, con sus infinitos dioses y sus infinitas ignominias, no llegó á pasar jamás; si los godos plantaron sus tiendas á la sombra de sus encinas, no sería seguramente cuando como arrianos negaban la divinidad de Jesucristo, sino cuando después de Recaredo

profesaban inviolable é íntegramente todo el símbolo de San Atanasio; y si entre estas breñas se vió blanquear alguna vez el alquicel de los hijos de Mahoma, y algunas huellas de sus corceles berberiscos hubiesen quedado en sus predregosas verdades, en vano se buscarán impuras huellas del Koran en estos nobilísimos ánimos, que en su gran mayoría no conocen ni el nombre del funesto Profeta.

Pero irrupciones más asoladoras que las del septentrion ó las africanas han pasado por Europa, y han penetrado hasta España. Es verdad. Por aquí también han pasado los revolucionarios hijos de la reforma y del filosofismo, que llevaban á su cabeza al *gran capitán del siglo*, quien mejor que Alejandro debió llamarse *gran bandido de coronas*; pero nótese lo que decimos: *han pasado*, los revolucionarios de entónces y los de ahora han pasado; pero la Revolucion no ha pasado por aquí todavía.

Cierto que Azpeitia, en cuyo templo parroquial nació á la vida de la gracia Ignacio, ilumina ya sus calles con lámparas de incandescencia, alimentadas por poderosas corrientes eléctricas; pero una cosa son los vivísimos haces de luz de la electricidad extendidos por el mundo físico, y otra las tinieblas de errores que al mismo tiempo suelen desgraciadamente encapotar el mundo moral. Cierto que se retuercen ya las vías férreas como sierpes enroscadas por estas montañas, y arrojan en estos pacíficos y patriarcales valles, entre los estridentes silbidos y las nubes de vapor de sus locomotoras, los gérmenes de ideas y de sentimientos revolucionarios anti-religiosos y antisociales; pero todavía se estrellan esos gérmenes contra el triple valladar de la euskal-

erría: sus montañas, su lengua y sus costumbres. Su situación topográfica es estratégica aun para el combate de las ideas; su lengua, vigorosa como sus hijos, áspera á veces como los riscos de sus picachos, y á veces susurradora y dulcísima como el agua de sus riachuelos, no tiene ni vocablos con que expresar los conceptos corruptores de nuestras lenguas modernas; y en cuanto á sus costumbres, están como saturadas del espíritu de Jesucristo, é instintivamente rechazan cuanto con este espíritu pugna. Por eso la Revolucion no ha pasado por aquí todavía. Pero... ¿pasará por fin? Más aún: ¿llegará á fijar sus reales y á ser inexpugnable dentro de la tenacidad de estos caracteres y en el corazón de estas montañas?

¡Quién sabe! Si tal sucede, inútil será buscar dónde nació aquel rayo de la guerra contra los enemigos de Dios, aquel hombre de fuego, pero de fuego de amor, que pretendió extinguir el fuego infernal del mundo y transformarlo en celestial y divino; inútil será preguntar en dónde estuvo el castillo de Loyola, porque la Revolucion no habrá dejado piedra sobre piedra y hasta habrá sembrado de sal su suelo, para esterilizarlo.

Mientras esto no suceda, cuantos deseen contemplar los monumentos más célebres de la historia del mundo, aunque sean incrédulos viajeros, aves de paso de un día, tendrán interés en reflexionar un momento cabe la cuna de Ignacio, y en medio de la frivolidad moderna consagrar algún recuerdo á las grandes enseñanzas de la historia.

En especial los entusiastas por las glorias patrias, y más aún por las del catolicismo, acudirán á este

santuario para confirmarse en aquella sentencia del cronista Ambrosio de Morales, cuando tratando de otro glorioso Patriarca y Fundador. Santo Domingo de Guzman, dice: «Que la mayor nobleza de todas es ser gran cristiano, y que ninguna hazaña ni valentía viene tan á cuento con ella como la vida cristiana.»

Aquí, al par que se humille, se agigantará el espíritu del piadoso peregrino con noble emulacion á la vista del castillo de aquel *gran cristiano*; grande, segun el mundo, cuando se llamaba Iñigo de Loyola y ostentaba en sus armas

dos negros lobos en plateado escudo;

y grande, segun Dios, y muy gran Santo, cuando ante el ara del santuario, en que se ha trocado su hogar, y en donde herido con nobilísimas heridas recibiera tantos favores celestiales, se le contempla empuñando el báculo de los patriarcas fundadores de religiones, y llevando en su pecho por único escudo el Dulcísimo Nombre de Jesus

Aquí vendrán los católicos como los antiguos romeros, á satisfacer su santo anhelo de goces y consuelos espirituales, en contraposicion á la fiebre de goces sensuales que devora las modernas generaciones

Nada harán en esto que no esté muy dentro del espíritu de la Iglesia, que tanto recomienda el culto y veneracion de los Santos, de sus santas reliquias y de cuanto perteneció á los siervos y amigos de Dios.

Este culto tiene profundísimas raíces en la misma naturaleza humana en donde brota un sentimiento

general de veneracion á todo lo grande y da origen á lo que pudiéramos llamar el culto universal de los grandes hombres y de las grandes ruinas: este anhelo ha llevado durante diez y nueve siglos incessantes peregrinaciones de devotos romeros á Tierra Santa, al Sepulcro de Cristo, á Roma al sepulcro de Pedro, á Compostela al sepulcro de nuestro glorioso Apóstol y Patron Santiago: impulsados por este santo anhelo, han elevado sus manos cien y cien generaciones delante del bendito Pilar de Zaragoza, símbolo de la firmeza inquebrantable que debe tener nuestra fe, de lo firmemente afianzada que debe estar nuestra esperanza y de la inmutabilidad que ha de caracterizar nuestro amor: movidos de este santo afan y anhelo, millones de labios han besado los prodigiosos muros de la casita de Nazaret en Loreto, y en Lourdes las rocas de Massabielle de milagrosas aguas.

No parece sino que en presencia de los parajes, de los objetos mismos que estuvieron en contacto con los que ya no están en este valle de lágrimas, como que se opera el prodigio de suprimir el tiempo que nos separa de ellos, y nos encontramos en su compañía: Aquí, decimos, aquí estuvieron: esos horizontes que desde aquí se descubren son los mismos que contemplaban sus ojos, y esos rumores que llegan hasta aquí, parece que nos traen ecos de sus palabras, de sus plegarias y de sus suspiros. Y de este modo, con misteriosa lazada lo material y visible, nos trasporta y eleva á lo inmaterial é invisible, y la evocacion del recuerdo, gracias á la realidad presente, viene á tener la fuerza de una como evocacion de la muerte á la vida.

Esto, que sucede en todos los sitios de grandes

recuerdos, sucede en la casa solariega de Iñigo de Loyola: mas no todos los que admiran y aman á Ignacio logran llegar á venerarle en su santuario; ántes los que no pueden satisfacer tales deseos son los más, y son muchos; y estos quisieran tener á mano al ménos un libro que supliese algun tanto el anhelo tan connatural al hombre de ponerse en comunicacion y contacto con lo que es objeto de su admiracion y su amor, á pesar de la separacion forzosa de espacios y tiempos.

Pues este es el intento del presente trabajo, emprendido por el autor para celebrar en este año de 1891 el cuarto centenario del nacimiento del glorioso Patriarca y Fundador de la Compañía de Jesus: á saber, en un día de grandes catástrofes quizás no lejano, salvar del olvido la cuna de Ignacio, entregando en especial á sus hijos una memoria del hogar paterno; satisfacer la devocion y aun la curiosidad de tantos viajeros y peregrinos como acuden á este santuario de las cinco partes del mundo, y la curiosidad y devocion de otros muchos que no pueden acudir.

Este trabajo era tanto más necesario cuanto que, si bien esparcidas acá y allá se encuentran apreciables investigaciones y descripciones relativas á la Santa Casa; pero hasta ahora no se habia procurado reunir ex profeso en una monografía la exclusiva historia de este célebre santuario y cuantos datos con él directamente se relacionan.

La Santa Cueva de Manresa, donde el Santo escribió sus Ejercicios espirituales, la casa y templo del Jesus de Roma, en donde murió y en donde se venera su sepulcro, son conocidas en obras especiales; justo era, pues, que la casa donde abrió por vez

primera los ojos á la luz de este mundo, obtuviera por fin una monografía en el año 1891, en que se cumplen cuatro siglos de su nacimiento (1).

El autor, á quien las tempestades levantadas contra la Iglesia en Guatemala, su patria, arrojaron á nuestras hospitalarias playas, ha puesto singularísimo empeño en buscar datos, compulsar códices, revolver archivos, á fin de ofrecernos una obra lo más acabada que le ha sido posible.

De este modo un hijo de Ignacio procedente del Nuevo Mundo, ha venido á la casa del santo Padre como en nombre de ambas Américas, á probar con este testimonio de su laboriosidad y de su afecto, que San Ignacio, y cuanto con San Ignacio se relaciona, no interesa sólo á Guipúzcoa, su país natal, ni á España, su patria, sino al mundo todo, y especialmente á la América, evangelizada con los apostólicos sudores y sangre de tantos hijos de Ignacio.

El autor, sin embargo, como tan modesto, es el primero en lamentarse de no haber tenido á las manos suficientes documentos capaces de derramar sobre su obra tal claridad, que no quedara ningun punto en la sombra ó en la penumbra. Pero eso en obras de esta índole es casi imposible.

Así que, al entregárnosla despues de dar la última pincelada, como diría uno de los Argensolas:

A ejemplo del pintor que se retira
Del cuadro que pintó, y no bien enjuto
Con amoroso desamor lo mira,

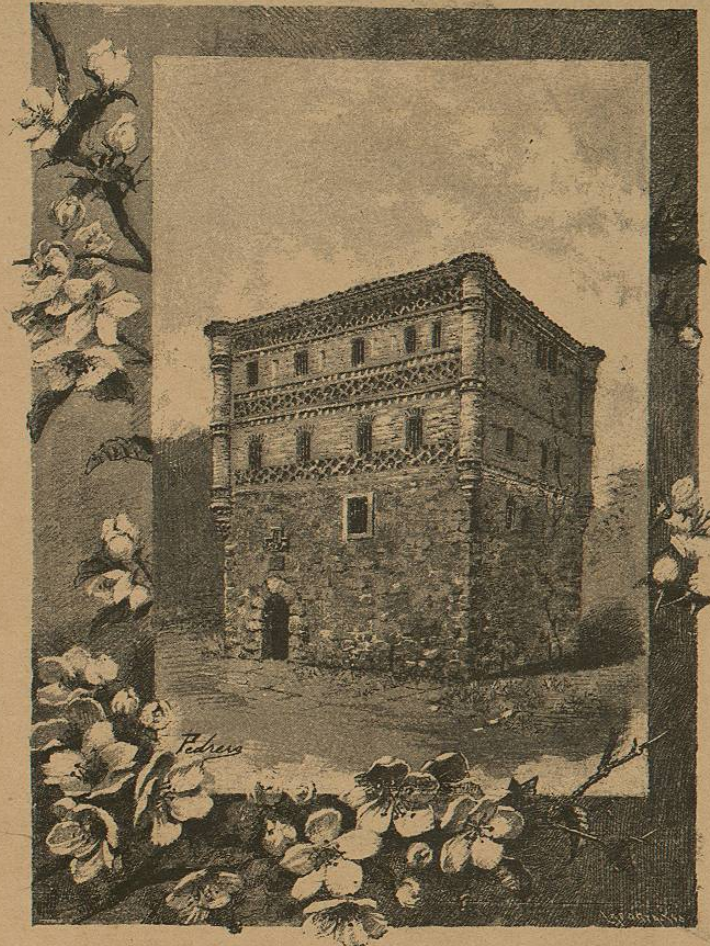
(1) Despues de escritas estas lineas, se ha publicado otra obra conmemorativa también del cuarto centenario que con esta tratamos de celebrar. Se titula: *San Ignacio en Manresa. Album histórico*. Consta de treinta y siete bellísimas fototipias alusivas á otros tantos actos de la vida del Santo acaecidos en dicha ciudad y su comarca, acompañadas de interesantísimos datos históricos, expuestos en muy castiza prosa castellana.

con amoroso desamor mira su obra y casi no se atreve á ofrecérsela á su Padre San Ignacio.

Mas ese cabalmente será sobrado motivo para que el glorioso Patriarca por cuyo amor la escribió, y los hijos á quienes tambien la dedica, acepten con más cariño el obsequio; pues nada avalora tanto un presente, por insignificante que sea, como la humildad y el amor del que lo ofrece.

A. S. J.

Loyola, 19 Abril 1891.



CASA SOLAR DE LOYOLA.
 AQUÍ NACIÓ SAN IGNACIO EN 1491.
 AQUÍ VISITADO POR SAN PEDRO Y LA SANTÍSIMA VÍRGEN,
 SE ENTREGÓ Á DIOS EN 1521.